

Contribución á la enseñanza del lenguaje

TRABAJOS COLECTIVOS

La lectura de «La Dicha Ajena», comedia de los hermanos Quintero hecha en varias sesiones durante la clase de castellano de 2º año del Colegio Nacional, dió lugar á un ejercicio colectivo interesante.

Los niños tomaron apuntes de los episodios ocurridos, á fin de relatar luego el argumento en forma narrativa. Leídas las composiciones, se eligió de cada una el episodio mejor relatado, obteniéndose así, una composición conjunta que es una síntesis completa de la pieza.—(E. N.)

«LA DICHA AJENA»

Vivía en una no muy lujosa casa de Guadalema, don Gonzalo Vega, médico de poca experiencia profesional, pues hacía sólo un par de años que se había recibido. Un buen día llegó á visitarlo un compañero de universidad llamado José Ramón, quien según sus cuentos había seguido un camino muy distinto al de su amigo. Había estado ya en varios pueblos y sus negocios habían fracasado, pues nadie le llamaba, á causa de que sus primeros clientes fueron víctimas de sus remedios.—(A. Mihura).

José Ramón, que veía á Vega por vez primera después de la universidad, le pregunta cómo tenía una casa tan bien arreglada, y cómo había hecho fortuna en tan corto espacio de tiempo.—(H. del Río).

Vega le dijo que á él le había pasado todo lo contrario que á José Ramón, porque poco á poco se había hecho muy simpático á sus vecinos y trabajaba bastante bien para ser el principio.—(D. Luján).

Dijo que sin embargo, no tenía verdaderos amigos, pues mientras por una parte los pobres de la población no podían ocultar la envidia que les producía el que él, su antiguo compañero de trabajo se hubiera hecho médico, por otra parte, los ricos no le perdonaban su origen humilde y complaciábase en llamarle «el hijo del herrero». —(R. Doblas).

Continúan conversando y después de un rato José Ramón se despidió, conociéndose que ha comenzado á tomar envidia á los triunfos de su amigo y que en su alma impura fermenta el odio. ¡Curioso contraste!, el mal y el bien unidos por la amistad.

El segundo acto pasa en el «fumoir» del casino de esa ciudad. Ahí, en ese casino, se vive en una atmósfera de intriga y de calumnia, donde uno critica al otro mientras no está presente el criticado, pues si sucediese lo contrario, serían los más íntimos amigos y se pondrían á hablar mal del ausente.— (Julio V. González).

José Ramón entra al casino donde contempla, ahogado de risa, las escenas más cómicas que pueden desarrollarse en una comedia.

Se sirve allí un refresco y le toca por desgracia un mozo de aquellos que pecan por lateros y que son capaces de descubrir sus mismos secretos por hablar diez minutos más; se pone á contar, agarrando por su cuenta al pobre José Ramón, la vida y los grandes méritos de aquel famoso hijo del herrero que llegó á ser, por sus estudios, una notabilidad.

Esto le fastidiaba grandemente á José Ramón, y le decía al mozo que no estaba en ese momento dispuesto á soportar su conversación.

En el casino estaban reunidos aquel día, una multitud de ridículos criticones á cual más pedante y pretencioso.

Cuando criticaban al pobre Gonzalo, que era con mucha frecuencia más por envidia que por otra cosa, José Ramón no desplegaba los labios, pero podía notarse perfectamente que participaba de las ideas de la mayoría y que por temor ó amistad íntima con Gonzalo, no manifestaba su opinión. Había que sacarle con tirabuzón todo lo que se refería á su amigo el doctor.

Como aerolito se presentó aquella tarde Gonzalo con su cara triste por la preocupación.

A todos les arrancó una sonrisa irónica, menos al hipócrita de José Ramón, que trató de parecer siempre ante él, un amigo leal y verdadero.

—Estábamos hablando mal de usted—le dice el más bellaco y charlatán de los que allí estaban presentes.

Gonzalo no articuló palabra; pero con un gesto de aquellos tan vivos, respondió lo que á todos les pareció que decía: ¡Lo creo! ¡Y bien que lo creo! Sabía muy bien que nunca lo apreciaron sus amigos en Guadalema.— (C. de Vedia).

Casi junto con Gonzalo entró otro llamado Berruguete y lo empezó á felicitar; los otros no sabían nada sobre lo que había hecho Gonzalo para que lo felicitasen pero éste les dijo: Lo único que he hecho yo es poner en efecto una vieja idea.— (Raúl Casas).

Vega les cuenta por pedido de los que allí estaban, un proyecto que el pensaba llevar á cabo: consistía en tratar de que se fundase un asilo para que cuando las madres pobres se fueran á trabajar á las fábricas, en vez de dejar á sus hijos solos ó en las calles, los pusieran en el asilo hasta cuando ellas volviesen.

A todos les pareció bien la idea porque Gonzalo estaba presente. — (R. D. Pitté).

En esto Gonzalo oyó que varios socios, mirando hacia una venta-

na abierta que daba á la plaza principal de la ciudad, hablaban y se reían. Gonzalo figuróse que se estarían riendo de alguno que pasaba, pues todos los allí presentes no hacían sino hablar mal de los demás.

Gonzalo miró por atrás de todos y vió que el objeto de las burlas era la señorita Gracia Latorre, que según tengo entendido le había caído en gracia.

Todos los que miraban hacia afuera pusiéronse á criticarla; pero uno de ellos dijo más de lo que debía; entonces Gonzalo adelantándose, le dijo: Tenga mucho cuidado de lo que habla acerca de esa señorita y más, delante de mí.

El otro no le contestó nada, y entonces Gonzalo, llevado por sus amigos, desapareció de la escena. — (A. Mallo).

Aprovechando la ausencia de Gonzalo, se discute su idea. Don Melchor trata de convencer á Pozo, director del «Alambique», periódico de la localidad, de que es un buen proyecto el de Gonzalo. — (R. Irazusta).

Todos se reunieron en derredor de Pozo y comenzaron á criticar; y aunque reconocían lo noble y sano del proyecto de Gonzalo, pensaron en minarlo por su base. — (P. Lozano).

TERCER ACTO

El 3^{er} acto se desarrolla en la casa de don Faustino Latorre, padre de Gracia.

En un sofá estaban el señor Latorre y la señora Manuela que hablaban sobre las fiestas del hospital.

Doña Manuela hace una cantidad de cuentos sobre sus diligencias para los preparativos de la fiesta en pro del asilo, previniendo que venía muy nerviosa y que la disculpasen si algo hacía, pues uno negaba dinero, el otro su hija para que la acompañase, y en fin, todos eran contrarios á la idea de Gonzalo. — (J. M. Busso).

Retírase doña Manuela, y don Faustino quedó conversando con dos antiguos sirvientes suyos, andaluces, hasta que viene Gracia, su hija. — (Carlos Mihura).

Gracia les dió á conocer que sabía que en ese tiempo habían sido abuelos y por lo tanto, ella quería ser la madrina del chico.

Los andaluces aceptaron gustosos y con los ojos llenos de lágrimas, la gentileza de la señorita.

Después de un buen rato de visita los dos se retiraron, quedando en volver muy pronto.

Al rato apareció Gonzalo todo desconcertado por la mala suerte que tenía con la fundación del asilo.

Gonzalo decía que el pueblo era mal intencionado y que todo lo tomaba á mal porque creía que él se iba á quedar con el dinero y otras varias cosas que lo tenían muy desalentado.

En eso se anunció que el señor Lobo estaba en la puerta. Este señor era el actor principal del Teatro mayor. Le hicieron pasar y como era un gran latero y un batata, hizo grandes planchas.

Venía porque no encontraba comedia buena, pues según decía, si daba una interesante les parecía á todos muy verde, así que no sabía qué hacer; que el impresor no quería tirar más programas; en fin, infinidad de cosas, y que por lo tanto la fiesta no se podía llevar á cabo.

En esto entraron Lolita y Berruguete protestando por las mismas causas que Lobo y Gonzalo, así que éste se desalentó más y salió de la casa medio loco. — (J. C. Díaz Rolón).

Don Faustino de Latorre estaba con su hija Gracia cuando entró J. Ramón. Después que éste saludó, don Faustino se retiró y J. Ramón entabló una conversación con Gracia en estos términos:

— Sí, Gracia, es necesario que Vd. disuada á Gonzalo de la idea de fundar un asilo. Pero Gracia comprendía demasiado bien la envidia que Ramón profesaba á Gonzalo y lejos de disuadirle, pensaba poner toda su fortuna para la construcción de la obra. — (V. D. Goytía).

Un largo silencio reinó entre ambos, y por fin, Gracia, levantando la cabeza preguntó:

— ¿Según Vd., no hay otra salida posible?

— Esa es mi opinión.

— ¡Pues bien! vaya Vd. tranquilo, trataré de que Gonzalo desista de su idea.

José Ramón, miraba con cierta desconfianza á Gracia. Le extrañaba que hubiera cambiado tan pronto de idea; y además el aspecto de ésta, que parecía poseída de una idea fija y cuyos ojos brillaban de emoción, confirmaban su temor; sin embargo, por prudencia, saludó á Gracia y se retiró por la puerta que daba á la calle, al mismo tiempo que Gonzalo entraba por la de la sala.

— Ven aquí, Gonzalo, — siéntate á mi lado — díjole Gracia.

Gonzalo obedeció y se dejó caer en la silla que le presentaba.

Entonces Gracia le refirió detalladamente su conversación con J. Ramón; cómo este se había desalentado, cómo ella había buscado una salvación para su amigo, cómo la había encontrado y por último, cuál era ésta.

— ¿Has visto como yo tenía razón al decir que era imposible seguir? Si yo ya estaba cansado. Esto no era vida.

Gracia le dejó desahogarse, y luego, tomándole la mano le dijo:

— No, Gonzalo, todo no está perdido; el hospicio se hará. ¿Acaso no tengo yo suficiente plata para hacer de ella lo que se me antoje? — (J. M. Martinoli).

Tú lo sabes — yo soy rica, yo seré quien costee el proyecto. Así que amigo, dentro de poco los niños pobres tendrán amparo.

Gonzalo no cabía en el pellejo, como vulgarmente se dice; tal era su regocijo; y no sabía de qué modo darle las gracias; pero ella le dijo que lo mejor que podía hacer era dirigir bien la obra. — (Carlos Mihura).

Gonzalo escuchaba extasiado; no podía creer lo que oía, pero luego, volviendo en sí, exclamó:

— ¡Tú! ¡tú!

— Sí, yo, contestó Gracia.

Gonzalo no pudo contenerse más; su amor, largo tiempo oculto, estalló al fin.

CUARTO ACTO

Berruguete y Faustino conversaban amablemente en la sala de este último.

Berruguete parecía excitadísimo: iba, venía, se sentaba, se paraba, conversaba solo, se tiraba á fondo como si estuviese dando una lección de esgrima, y de vez en cuando corría á la puerta de calle.

Era el día señalado para el beneficio y todos se hallaban en el teatro; sólo Faustino y Berruguete se habían quedado y esperaban la llegada de los ausentes.

— ¿Pero que es lo que le pasa?, señor Berruguete preguntó Faustino.

— Nada, nada, es que me parecía que llamaban — y llaman otra vez, dijo, y salió corriendo.

Un murmullo de voces se oía en el zaguán y poco después entraron Manolita, Sarmiento (su esposo), Juan, Salvadora, Gonzalo, Gracia y Julia. Todos venían contentísimos del resultado de la fiesta; hubo mucho público, se aplaudió exageradamente, se leyeron varios discursos, entre ellos el del Gobernador, y en fin, la fiesta estuvo animadísima.

Se hallaba Faustino felicitando á Gracia y Gonzalo, cuando entró Berruguete con aire de importancia y con un legajo bajo el brazo.

— Aquí está Berruguete, dijo Manolita, ahora estamos todos, ¿pero que es lo que te pasa muchacho?

— Nada; que casi lo mato.

— ¿Eh?

— ¿Qué es eso?

— ¿Qué dice?

— Que casi lo mato, he dicho.

— ¿Pero qué dices muchacho, te has vuelto loco? vaya, cuéntanos eso, le dijo Gonzalo.

Y entonces Berruguete contó que tuvo una disputa con un tertuliano del casino, á causa de Gonzalo y que casi se baten á sable, pero que sus padrinos los habían reconciliado, dándole toda clase de satisfacciones.

— Pero ¿dónde está Ramón?

— Yo creo que no ha venido, dijo Manolita; al menos en el teatro no estaba.

— ¡Qué raro! replicó Gonzalo; desde que le salvé á su hija parece otro hombre.

En efecto, José Ramón esquivaba el encontrarse con Gonzalo y hasta parecía huirle.

Pero no tardaron en saber la causa. Ramón, todo arrepentido confesó su falta. El era el mal amigo, él quien traidoramente había tratado de impedir la creación del hospicio. Gonzalo tuvo un

acceso de furor, pero pronto su temperamento bondadoso, se sobrepuso y en lugar de odiar, compadeció y terminó por perdonar.

Gracia también perdonó y cuando Gonzalo le ofreció un cariño más fuerte que el de la amistad, aceptó. — (J. M. Martinoli).

Con ese motivo la casa fué echada por la ventana, como vulgarmente se dice; los sirvientes bailaban, reían y hasta lloraban de contentos. Berruguete saltaba sobre las sillas; Manolita y don Florentino se estrechaban efusivamente la mano y Sarmiento decía:

— «¡Solemne!» «¡Solemne!»

Poco después se celebraban las nupcias con la mayor pompa. — (T. Lozano).

En ese día de felicidad, Gonzalo le dice á Gracia: «vivamos en nuestra dicha, que viene de hacer la de los demás». — (H. Bullrich).